

Máscara del humor

Norma Sturniolo

Eduardo Mendoza (Barcelona 1943) vuelve a contarnos las andanzas de su paródico detective sin nombre y ex interno de un manicomio en *El enredo de la bolsa o la vida*. Como en las tres novelas anteriores (*El misterio de la cripta embrujada*, *El laberinto de las aceitunas* y *La aventura del tocador de señoras*), la nueva aventura ofrece una imagen satírica e hilarante del mundo en que vivimos. El lector de esta cuarta entrega se siente familiarizado con un personaje para el que también pasan los años y que al permanecer en la misma ciudad, Barcelona, también presencia sus transformaciones.

El misterio de la Cripta embrujada transcurría en la época de la Transición, *El laberinto de las aceitunas*, en los años ochenta y *La aventura del tocador de señora* en la Barcelona postolímpica. *El enredo de la bolsa o la vida* se desarrolla en la actualidad por lo cual aparecen temas como la crisis y el desempleo, la falta de escrúpulos de los poderosos y su sistema financiero que exige a los ciudadanos algo parecido a lo que exigía el asaltante de caminos que pedía la bolsa o la vida, el terrorismo internacional que amenaza con segar vidas en cualquier parte del mundo, el incremento de la inmigración, y la expansión de la inmigración china con sus bazares donde todo está revuelto y confuso como el propio presente. Este detective a su pesar se verá obligado por morde la amistad a impedir una acción terrorista nada menos que contra la canciller alemana Angela Merkel. El escaso tiempo que tiene el protagonista para llevar a cabo su tarea desencadena un ritmo de acción vertiginoso en el que irán apareciendo una gale-

Eduardo Mendoza: *El enredo de la bolsa y la vida*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 2012.

ría de personajes estrafalarios entre los autóctonos y los extranjeros.

Los lectores de *El tocador de señoras* recordarán la poca fortuna que tiene el protagonista en su profesión de peluquero pero ahora en plena crisis la situación no puede ser peor. El hambre, ese leitmotiv de la novela picaresca, es una constante que acompaña al protagonista y desde el comienzo de la historia aparece de forma descarnada el sentimiento del desengaño (sentimiento tan profusamente desarrollado en el barroco). El protagonista es invitado a la investidura como doctor honoris causa de un personaje que aparece en las entregas anteriores, el doctor Sugrañes. La conclusión a la que llega el antiguo habitante del manicomio reconvertido a peluquero sin clientela es que esa invitación constituye una demostración de afecto. Se siente agradecido y asiste al evento con un traje prestado. Sus expectativas se ven brutalmente frustradas. Se le tiende una trampa humillante para él y que sirve de pretexto al doctor Sugrañes –que dista mucho de ser un buen doctor–, para alardear de unos conocimientos que no tiene:

«(...)unos ujieres me separaron del resto de los asistentes, me condujeron a un cuartucho destartado y en un tono que no admitía réplica me hicieron desvestir. Cuando sólo conservaba sobre mi persona los calcetines, me pusieron una bata de hospital de nilón verde, cerrada por delante y sujeta por detrás mediante unas cintillas, que dejaban al descubierto los glúteos y sus concomitancias. De esta guisa me llevaron más por fuerza que de grado a un salón amplio y suntuoso abarrotado de público, y me hicieron subir a una tarima, junto a la cual, revestido de toga y birrete, peroraba el doctor Sugrañes. (...)Señalándome con un puntero describió mi etiología con profusión de tergiversaciones. Repetidas veces traté de defenderme de sus acusaciones, pero fue en vano: en cuanto abría la boca, las risas del público ahogaban mi voz y con ella mis fundadas razones. El doctorando, por el contrario, era escuchado con respeto» (pág.9).

Pero no es esta la única situación en la que vemos cómo el protagonista es engañado, ninguneado cuando no maltratado, algo que también sufren los personajes de su misma laya y ,a veces,

acaban apaleados por realizar acciones bienintencionadas siguiendo la más genuina tradición cervantina. Los lectores podemos dejarnos llevar por una reacción emotiva de indignación y pena pero el autor como un brillante prestidigitador despliega ante nuestros ojos situaciones desternillantes que favorecen la inclinación a la risa. El filósofo francés Henri Bergson afirmó que la emoción es el mayor enemigo de la risa, lo cual no significa, según él mismo explicó, que no podamos reírnos de alguien que nos inspire piedad y afecto pero Bergson recuerda que para que la risa se produzca será necesario acallar momentáneamente esos sentimientos. Hay pasajes que debemos esforzarnos en hacer ese ejercicio que pide Bergson. ¿Por qué sucede esto? Porque es fácil simpatizar con el estrambótico protagonista de Mendoza, un perdedor tierno, compasivo, solidario, que tiene a gala haberse convertido en un ciudadano ejemplar y es capaz de arriesgar la libertad e incluso el pellejo por un amigo.

El humor sirve para distanciarnos y reflexionar. Como sucede con los grandes satíricos, Mendoza evidencia los vicios y defectos de la sociedad. Debajo de la máscara de la risa podemos encontrar el rostro de la indignación y la tristeza. El humor se presenta en distintas modalidades. Con su particular sello el autor enriquece una tradición que lo emparenta con el humor de los escritores paródicos grecolatinos, el humor escéptico de escritores del siglo XVIII como Voltaire o Swift, pasando por una tradición autóctona que nos llevaría a Cervantes, al humor festivo y corrosivo de autores como Quevedo, el humor irónico de románticos como Larra, el esperpéntico de Valle Inclán y un humor absurdo, delirante, surreal. A través de esa corriente de humor que todo lo impregna se nos va mostrando las miserias de los desheredados, la difícil vida que llevan los músicos callejeros, los personajes que hacen de estatuas vivientes en las Ramblas, la supervivencia de otros que al quedarse en el paro optan por trabajos que nunca antes hubieran pensado en realizar (véase, por ejemplo, el trabajador de una fábrica de lavadoras que después de que la fábrica cierra y teniendo una edad en la que sabe que nadie lo va a contratar, opta por abrir un centro de yoga y convertirse en un venerable swami o la recepcionista de un taller de automóviles que después de ser despedida pasa a trabajar como vidente, o la opción,

más previsible, de delinquir de Rómulo el Guapo, antiguo compañero de manicomio del protagonista que consiguió ser conserje de un edificio suntuoso en el no menos suntuoso barrio de la Bonanova y es despedido después de tres años porque la comunidad de propietarios decide reducir gastos). La lista de perdedores es abundante y la crítica se hace desde el distanciamiento del humor. En ocasiones el humor solo tiene por finalidad divertir como cuando el autor elige risibles nombres o apodos para sus personajes. El gran deslumbramiento lo produce los juegos de humor con el lenguaje, los distintos registros lingüísticos, la mezcla de vulgarismos y cultismos. El humor llega a producir lágrimas, literalmente se puede llorar de risa con la humilde familia de chinos que es vecina del protagonista. Sin embargo, comprobamos que detrás de las exageraciones y situaciones surreales como hacer pasar a un grupo de chinos por una colonia de alemanes o hacer incluir en la conversación del chino dueño del bazar frases del tipo: «Los seres humanos reaccionan de formas extrañas ante los los traumatismos, como diría Marañón» (pág. 230).

El sentimentalismo adopta formas folletinescas o se descalifica como cuando ante la historia contada por el swami ,el protagonista comenta que no quiere seguir escuchando a «aquel baboso» o se huye de él , como cuando el protagonista explica :»Nos despedimos brevemente para evitar cualquier muestra de sentimentalismo». Quizás el creador de esta hilarante tetralogía emplee la máscara del humor porque como dice su personaje «enfrentarse con la realidad no levanta el ánimo» (pág. 131) ©